

# Índice

Prólogo	15
---------	----

## **El descubrimiento de América**

1. Warnes	25
2. Sevilla	43
3. Río Negro	61
4. Puerto Suárez	91
5. Bahía Negra	113
6. Quebracho	137

## **El descubrimiento de los detalles**

7. Yrmo	153
8. Puerto Busch	185
9. En la orilla	195
10. Concepción	215
11. Río Paraguay	223

## **El descubrimiento de la vida**

12. En la casa	235
13. Aquí Bahía	255
14. Asunción	279
15. Chaco	287
16. En el agua	313
17. En el barro	323

Epílogo	337
---------	-----

# Prólogo

*Tercera semana de agosto*

Desde el cielo pastoso que se iba tiñendo de tormenta vespertina, Bahía parecía un pueblo ordenado. Cuatro calles anchas, de limo compactado, se tendían de forma paralela a ese gran río que es el Paraguay. Su importancia, definida por la anchura y la vegetación que crecía en sus bordes, menguaba a medida que se alejaban del agua. Perpendiculares, calles menores avanzaban desde el barrizal de la orilla hasta la confusión del Gran Chaco, que ahí mismo comenzaba. Esa pulcra malla encerraba viviendas que iban desde las casas más confortables de los evangelistas, militares y narcotraficantes, hasta las semi-derruidas chabolas de los aculturizados indios chamakokos.

Solo rompía ese orden, planificado por las mentes colonizadoras de Asunción, un par de fuselajes de avión. Uno de ellos no se terminaba de ver, el morro había osado penetrar la espesura vegetal; el otro, que era un cilindro con ventanas, reposaba a apenas unos metros de la casa del señor párroco. La causa de aquellos accidentes, ocurridos hacía pocos años, era la misma: Carlitos se había quedado dormido y no pudo comprobar el estado de la pista de aterrizaje. Decidió comunicar por radio que, pese a las lluvias de los días anteriores, las condiciones eran buenas; después siguió durmiendo la mona a pierna suelta.

Carlitos era el arquetipo de la vida en Bahía Negra. Vivaracho, fibroso, actuaba por instinto y según las necesidades del momento, sin pensar en las consecuencias de sus actos. Un tipo que tendía a no hacer nada y pasar la vida en una hamaca, a la espera de farra, cerveza y mujeres, por ese orden. Un

tipo que de vez en cuando tenía el arrebatado de convertirse en un hombre de provecho, y soñaba con hacerse millonario de la noche a la mañana para largarse de allí. Pero que estaba destinado a ser un viejo desdentado antes de cumplir los cincuenta. Eso si no se lo llevaba por delante una infección mal curada o un navajazo en alguna pelea de borrachos. Bahía Negra era un lodazal en el que resultaba fácil quedar atrapado.

Carlitos no tardó en hacerse mi amigo, consciente de que le convenía estar pegado a un extranjero. Yo había llegado a aquel remoto lugar de la mano de un proyecto que pensaba invertir cierta cantidad de plata en el pueblo. Y eso lo había olfateado Carlitos a la primera. También otros, pero él supo hacerse valer y atraer mi atención. Gracias a su amistad no había caído en la depresión más absoluta y pude encontrar compañía en su enorme y desvencijada casa familiar, por la que desfilaban personajes de lo más variopinto en las calurosas tardes tropicales.

Ganarse la vida en Bahía Negra era fácil si uno carecía de escrúpulos. El único requisito consistía en acatar las leyes no escritas del Comandante Alcides y darle su tajada. La que él exigiese. El problema era su desmedida ambición. Solía tomar más de lo que correspondía, llevando a la ruina negocios que podían haber hecho de Bahía un lugar más o menos próspero, y no aquel agujero ignoto y miserable al que nadie quería ir.

En el tiempo que llevaba allí tenía la sensación de que una vida paralela se desarrollaba a mis espaldas. Había visto aterrizar y despegar avionetas a plena luz del día de las que nadie sabía nada. Miradas y silencios ante preguntas incómodas. Tertulianos que comenzaban a mascullar el incomprensible guaraní cuando me acercaba a ellos. Discusiones nocturnas que a veces acababan en tiroteos. Había una malla de secretos que yo evitaba, en la que no quería verme embrollado. Pero que hacía la vida incómoda. Como me había dicho el Comandante a mi llegada, «Eme-té-sé —el Comandante se dirigía a

los que no eran sus subordinados utilizando sus iniciales; Matías Torres Calzada, era mi nombre— usted no se salga de los deberes que le han traído hasta acá y todo irá bien». Me dijo amablemente, dándome un apretón de manos, cuando me presenté en la comandancia para que me sellaran el pasaporte.

Y así procedí. Llevando una existencia que, en principio, parecía previsible y anodina pero que para mí era totalmente novedosa y a ratos excitante. Daba mis clases, compraba en las pulperías y colmados, visitaba la oficina de correos y telecomunicaciones, participaba en los partidos de fútbol y vóley y asistía a alguna de las múltiples fiestas que con cualquier pretexto se organizaban.

Sin embargo, más allá de esta amable cotidianeidad, en Bahía se traficaba con drogas, animales y hasta personas. De ello no tuve noticia mientras estuve allí, quizás por un instinto de conservación o por mi ceguera temática. O quizás porque soy un cobarde. Lo cierto es que los indicios que teñían la vida doméstica de algo extraño y sombrío comenzaron a cobrar sentido a la luz de hechos más graves reseñados por la prensa nacional e internacional o por el testimonio de los voluntarios que me sucedieron.

Aquella tarde Bahía, desde el aire, parecía perder su embrujo y opacidad. La sensación de ahogamiento y lobreguez, que flotaba de forma más notoria en los recalmones del mediodía, cuando el calor era insoportable y a nadie se le ocurría abandonar las sombras de las casas, se disipaba ante la nítida perspectiva aérea, que dejaba a la vista todos los rincones del pueblucho.

Si bien es cierto que los techos de chapa y el aspecto polvoriento y desordenado de los cercados y los patios invitan a catalogar Bahía Negra como un lugar atrasado, desde el aire se podía pensar que la Naturaleza había sido benevolente con estas tierras: un enorme río, con el que se podrían regar varios miles de hectáreas y que, además, rebosaba de pesca; un palmeral inmenso y el Gran Chaco, con recursos minerales y

forestales. No era esta una tierra desolada en la que creciesen cuatro hierbajos.

Sin embargo, Bahía estaba lejos de ser el idílico paraíso que podía imaginarse al contemplarla desde el cielo. El río era una inmensa cinta transportadora de sedimentos que en época de lluvias tendía a meterse en las casas, anegando todo el palmeral durante meses. Eso explicaba la presencia de los muros de contención que rodeaban algunas casas, y las marcas horizontales —situadas a más de un metro del suelo— que recorrían todas las paredes de la choza de palmeras que la Asociación había adquirido a pocos metros de la voluble e inquietante orilla del Paraguay, en la que yo vivía.

De hecho el objetivo de nuestro viaje a Concepción —destino del Fokker del ejército paraguayo en el que íbamos—, era hacernos con materiales, herramientas, provisiones y muebles para sobrevivir un año entero en la casita y acondicionarla de forma que cuando subiese el río no nos ahogáramos.

La composición que podía ver a través de la ventanilla me permitía, por fin, conocer la ubicación exacta del río Negro y por tanto la frontera entre Bolivia y Paraguay. Además tenía una buena perspectiva del gigantesco río Paraguay que, tanto aguas arriba como aguas abajo, serpenteaba formando una enmarañada red hidráulica, en la que el cauce principal convivía con numerosos ramales que se separaban y volvían a unir. Enormes meandros hacían que los viajes en barco fuesen largos e incluso tediosos. Algunos de esos afluentes quedaban aislados de la corriente principal, dando lugar a aguas estancadas en las que prosperaban los mosquitos y las aves zancudas vadeaban en busca de alimento. Este enorme río era otra frontera, la que separaba Brasil de Bolivia y Paraguay. Bahía Negra se erigía, así, en un importante punto estratégico, lo cual explicaba la gran presencia militar en el pueblo.

El verde lustroso, exuberante, se restringía, durante la época seca, a las orillas de los ríos, no llegando a más de un kiló-

metro tierra adentro. A partir de esa frontera las palmeras se mostraban más desperdigadas y empezaba una selva seca, de un color más apagado, oliváceo, que distaba mucho del carácter amazónico del Pantanal. Este quedaba a unas nueve horas al norte en lancha. Allí estaba Puerto Suárez, la sede más meridional de la Asociación hasta la fecha.

Yo era el pionero que había sido depositado en tan lejanos parajes para abrir brecha. Me limitaba, efectivamente, a los deberes encomendados. No me atrevía a pensar en salirme de los márgenes del carril marcado. Suponía que, en ese caso, era hombre muerto. Hasta que llegó Ge-be-ese —Gonzalo Vázquez Silva en código del Comandante, con sus correspondientes faltas ortográficas— y la vida cerúlea en la que me había instalado fue sustituida por algo más alegre, más acorde al supuesto colorido del trópico y su calentura.

Acabé por darme cuenta de que, en realidad, lo único que esperaba la Asociación es que no nos metiésemos en líos y poder decir a sus socios capitalistas que allí había un proyecto en funcionamiento que necesitaba gasolina. Era este el eufemismo con el que Diego, nuestro jefe, había bautizado a los dólares. Una vez que llegase la pasta destinarían una parte a levantar la sede, y con la otra harían lo que les viniese en gana. Mi excesiva prudencia, quizás auspiciada por un sexto sentido de que allí las cosas iban más allá de lo que se veía, habían mantenido la situación en equilibrio. No tardaría mucho en empezar a complicarse.

Desperté del encantamiento que el prodigioso avistamiento aéreo había producido en mí, los penetrantes estímulos olfativos del interior de la aeronave me recordaron que cualquier vestigio con aspecto de paraíso que quedaba en la región se debía o bien a su inaccesibilidad, o bien a su improductividad. El resto ya había sido pasto de la voracidad humana, que había dejado su sello de injusticia y talante macabro.

Uno de aquellos olores era el que emanaba de esa mezcla

de materiales médicos —vendajes, gasas, alcohol y desinfectantes— adosados a la chica que yacía a nuestro lado. Gonzalo y yo, en nuestra condición de *lisenziados* y como personas relacionadas con las letras y los libros éramos los más preparados para cuidar de la muchacha cuya vida pendía de un gotero y que era trasladada en aquel vuelo a un hospital en Concepción, para ver si allí podían hacer algo por ella. Se le había complicado el embarazo y desde hacía dos días estaba postrada en un estado de inconsciencia. Nuestra misión era vigilar el suministro de suero que llegaba a una aguja incrustada en las venas de su antebrazo y procurar que los virajes del avión no lo interrumpiese.

Su familia no podía acompañarla. Apenas habían reunido dinero para pagar un pasaje después de malvender unas reses. Nadie quería vender en época seca, cuando las vacas estaban esqueléticas y la carne era de mala calidad. Claro que, por otra parte, el hecho de ser época seca había posibilitado el aterrizaje del avión. También fue una suerte que el médico no estuviese demasiado borracho y fuese capaz de clavar la aguja del gotero donde correspondía. Y que tuviese un par de botellas de suero esterilizadas. Allí estábamos, rezando para que a nuestra llegada alguien se hiciese cargo de la chica —muy joven, apenas había cumplido los dieciséis años— antes de que el gotero llegase a su fin.

Era otra de las surrealistas escenas que me había tocado vivir aquel memorable verano, y un reflejo de la dureza de la vida en Bahía.

El otro aroma, el que verdaderamente dominaba la cabina, era de pescado. Los pilotos, obviando la supuesta situación de emergencia —trasladar cuanto antes a aquella chica a un hospital— dedicaron toda su atención a coordinar la carga del avión, dando preferencia a los surubíes y pacús recién sacados del Paraguay frente a las maletas ordinarias.

Eran estos unos peces enormes, con escamas plateadas y

doradas, con tonos rojizos en alguna parte, que brillaban con fuerza al ser golpeados por los rayos del sol. Unos faquines se afanaban en llevar el pescado desde la caja de una *pickup* a la bodega del avión. Los pilotos no cesaban de dar órdenes y meter prisa. A su lado, silencioso, impávido, subversivo y marcial, el Comandante Alcides era el que verdaderamente supervisaba la operación y, con su presencia, daba el visto bueno al trato.

No le importaba que los pilotos se quedasen con algunos de aquellos magníficos ejemplares. Eso le convenía. Era un guiño para tenerlos de su parte cuando hiciese falta. Como buen estratega sabía que, en caso de emergencia, la conexión aérea era fundamental. Pero el grueso de la mercancía iba a los mejores restaurantes de Asunción. Era un buen negocio. La idea había sido de un argentino de Corrientes, que se había establecido en el Alto Paraguay viendo su gran potencial. La pesca era aún fabulosa en ese tramo del río. En cuanto Alcides se enteró de sus intenciones no tardó en coimearle. Para después quedarse directamente con el negocio y pagarle una simbólica cantidad por el suministro. El argentino se había convertido así en su asalariado. Era inútil rechistar. Lo único que podía conseguir si denunciaba el caso era acabar en el fondo del río. Bueno, no. Antes de llegar al fondo se lo hubiesen comido las pirañas. Eso era también Bahía Negra.

Para que los pescados no ensuciasen demasiado el avión habían despanzurrado unas cajas de cartón que colocaron al fondo de la bodega; y habían trabado con la malla que retenía los equipajes. Pero no fue suficiente. Al poco de despegar ya había un charco formado por el agua y los líquidos gelatinosos que habían ido escurriendo de los pescados. El charco iba de un lado para otro según los virajes y la inclinación de la aeronave, y poco a poco iba cubriendo más superficie. Ya casi llegaba hasta la camilla.

Había sido todo un espectáculo observar la avaricia en los